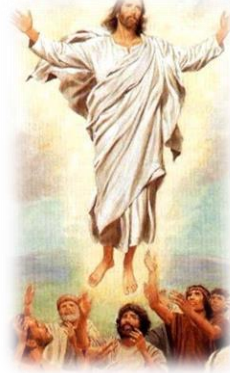




Domingo de la Ascensión Ciclo B

✠ Lectura de los Hechos de los apóstoles 1,1-11

En mi primer libro, querido Teófilo, escribí de todo lo que Jesús fue haciendo y enseñando hasta el día en que dio instrucciones a los apóstoles, que había escogido, movido por el Espíritu Santo, y ascendió al cielo. Se les presentó después de su pasión, dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo, y apareciéndoseles durante cuarenta días, les habló del reino de Dios. Una vez que comían juntos, les recomendó: «No os alejéis de Jerusalén; aguardad que se cumpla la promesa de mi Padre, de la que yo os he hablado. Juan bautizó con agua, dentro de pocos días vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo». Ellos lo rodearon preguntándole: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?». Jesús contestó: «No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros, recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo». Dicho esto, lo vieron levantarse, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Mientras miraban fijos al cielo, viéndolo irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que os ha dejado para subir al cielo volverá como le habéis visto marcharse»



Llega el turno a Tomás. «Ven – le dice Jesús –; trae tu mano y métela en mi costado». «Pero si ya creo», protesta el apóstol. «Ven; no importa – dice el Maestro –. Mete acá tu mano y mira mis manos». Todavía resplandecen cicatrices gloriosas. ¡Qué delicadezas las de Jesús!

La tarde va declinando. Jesús prodiga efusiones, últimos adioses. A cada uno dice lo suyo, pero de una manera tan conmovedora, que nos emociona a todos. Ahora son los dos de Emaús: «¿Os dais cuenta por fin de que convenía que yo padeciese y así entrase en mi gloria? ¿Estáis todavía tardos de corazón para creer?» Se abalanzan a sus pies. Repiten: «Permanece con nosotros, Señor. No nos dejes solos.»

Jesús, después de haber abrazado a sus apóstoles y discípulos, mira a Magdalena. Esperaba impaciente. La mirada irresistible de Jesús la invita. Se arroja a sus pies. Los baña en lágrimas. Los seca con sus cabellos. Su corazón palpita de emoción. No quiere soltar a Jesús. «O me llevas contigo, o no te vas», le dice. Marta, su hermana, interviene. Tiene que separarla a la fuerza. Entonces, el Maestro querido le dice: «No te afanes con tanta multitud de cosas. Una sola es necesaria, Marta: mirar al cielo, esperar la señal para partir».

La Virgen se ha quedado la última. Su humildad y sencillez no le han permitido anticiparse a nadie. Silencio enternecedor. Se contemplan por última vez en la tierra Hijo y Madre. Con la mirada, María pide a Jesús que se la lleve con Él. Jesús mira a Juan. La Virgen comprende: ahí está mi hijo. Jesús le dice: «La Iglesia es todavía niña. No puede quedarse también sin su Madre. Te necesita. Cuando haya crecido, vendré a buscarte». María junta sus manos, inclina su cabeza. Como el día de la anunciación, acepta, se ofrece: «Aquí la esclava... Hágase...».

EXPLICACIÓN DEL TEXTO

Un último misterio consagra y transfigura en la tierra toda la enseñanza y vida de Jesús en el mundo: su admirable Ascensión a los cielos. «Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo abandono el mundo y voy al Padre», había dicho Jesús (Jn 16,28). **El amor le impulsa a saltar del Padre al mundo para salvarlo.** Ese mismo amor le lleva a introducirle en el cielo. Un salto gigantesco del cielo a la tierra para encontrarse con el hombre. «Salí del Padre y vine al mundo» Es la encarnación. Etimología gloriosa la de esta palabra: **Dios que toma nuestra carne.** La misma sangre de hombre corre por nuestras venas y las suyas. Somos de la misma familia.

«Y de nuevo abandono el mundo y voy al Padre» Es la Ascensión. Pero ya no sube solo. Va acompañado de todos los redimidos. Se salvan gracias a su redención. «Asciende a las alturas», canta el salmo 67 y repite la liturgia en el *Alleluia* de la misa. Arrastra consigo cautiva a la humanidad libertada por Él. Así, **la ascensión cierra el círculo de amor iniciado con la encarnación. Nos mete a todos en el cielo.** Es la consumación y complemento de todas las fiestas de Jesús, el broche de oro que cierra el itinerario recorrido por el Hijo de Dios para salvarnos: «*Felix clausula totius itinerarii Filii Dei.*» (San Bernardo)

PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN

Consideramos tres tiempos sucesivos: despedida, elevación y entrada triunfal en el cielo.

1°. Despedida íntima, cordial, afectuosa de Jesús.

Con sencillez y cariño, Jesús habla con cada uno de los presentes. Primero, con los apóstoles. Se acerca a Pedro. «¿Me amas más que éstos?», le pregunta. Lágrimas de gratitud humilde. Adiestrado por infidelidades y fracasos, le responde: «Tú ya sabes, Señor, que te amo». Y Jesús, con mirada tierna y silenciosa de despedida, le dice: «Apacienta mis ovejas».

Ahora es Juan quien está al lado de Jesús. Permite de nuevo al discípulo amado reclinar la cabeza junto a su pecho, percibir los latidos de su Corazón adorable. Al separarse, para consolarle, le dice: «No quedas solo y abandonado». Y le recuerda las palabras inefables escuchadas al pie de la cruz cuarenta días antes: «*Ahí tienes a tu Madre*». Juan, agradecido y emocionado, le mira de nuevo con más cariño que nunca.

2°. Elevación al cielo

«Y, levantadas las manos, los bendijo. Y sucedió, mientras Él los bendecía, que se desprendió de ellos, y, mirándolos ellos, fue elevado, y era llevado en alto al cielo». La Virgen y los apóstoles contemplan y miran llenos de emoción. Unidos con ellos, al lado de María, gocémonos en el triunfo de Jesús. Al verle glorioso elevándose al cielo, se encendería más y más la fe en sus almas. Ahora sí creerían que **Él es la resurrección y la vida. Despreciarían como insignificantes las cosas de la tierra.** Con la fe se dilataría pujante la esperanza en sus corazones. Comprendían que la Ascensión de Jesús era anticipo de la propia. Presentían que no estaba distante el día en que también ellos serían llevados al cielo. Muertos, sepultados, resucitados con Él, también ascendían con Él. «Dios Padre – dirá Pablo a los primeros cristianos de Éfeso (2, 4-6) – nos hizo subir al cielo en Cristo Jesús y sentarnos a su diestra».

Tengamos el corazón puesto en lo alto. Es el anhelo de la Iglesia: que vivamos con el corazón ya en el cielo cuantos creemos que hoy subió a lo alto nuestro Redentor.

3°. Entrada triunfal en el cielo

Último tiempo de la ascensión, el definitivo, el que dura todavía, el eterno. Jesús, vencedor de la muerte, del pecado, del infierno, cabeza de la humanidad redimida, penetra en el cielo. Ángeles, arcángeles, al verle, entonaron el salmo 23. Se dirigen a querubines y serafines: «¡Levantad, príncipes de los cielos, vuestras puertas para que entre el Rey de la gloria!». Maravillados, se preguntan: «¿Quién es este Rey de la gloria?» Responden los ángeles: «Es el Señor, lleno de fuerza y poder. El Señor, que gana batallas con la potencia de su brazo.» Y las virtudes y potestades añaden: «Es el Señor Dios de los ejércitos. El solo Rey de la gloria». Y, en medio de un clamoreo de júbilo, penetra en los cielos Jesús. Ante el Padre, repite las palabras de la cena: «**Te glorifiqué en la tierra. La obra que me encomendaste está realizada: opus consummavi. Ahora glorifícame tú con la gloria que tuve antes de la creación del mundo**» (Jn 17,4).

Ya en la presencia del Padre, inicia su oración prolongada, ininterrumpida, por los suyos, por nosotros: *«Por ellos te vengo a rogar. No por el mundo, sino por los que me diste, pues son tuyos, y todo lo tuyo es mío. No son del mundo, como ni yo soy del mundo. No pido que los saques del mundo, sino que los preserves del malo»*. Es el Pontífice eterno, el Sacerdote perpetuo, que presenta su humanidad santísima cargada de cicatrices gloriosas. Es el precio de nuestra redención. Así, nos arranca del Padre las gracias que necesitamos para vivir *«hasta que Él vuelva»*.

Subamos con el alma al cielo. Nuestro Salvador ascendió; luego no perdimos la paz mientras peregrinamos en la tierra. **Si en el cielo está nuestra alma, tendremos paz en la tierra:** *«Ibi sit mens, et hic erit requies.»* (San Agustín).

DOS TEXTOS PARA LA MEDITACIÓN

1. San León Magno. *La Ascensión del Señor aumenta nuestra fe*

Así como en la solemnidad de Pascua la resurrección del Señor fue para nosotros causa de alegría, así también ahora su Ascensión al cielo nos es un nuevo motivo de gozo, al recordar y celebrar litúrgicamente el día en que la pequeñez de nuestra naturaleza fue elevada, en Cristo, por encima de todos los ejércitos celestiales, de todas las categorías de ángeles, de toda la sublimidad de las potestades, hasta compartir el trono de Dios Padre. Hemos sido establecidos y edificados por este modo de obrar divino, para que la gracia de Dios se manifestara más admirablemente, y así, a pesar de haber sido apartada de la vista de los hombres la presencia visible del Señor, por la cual se alimentaba el respeto de ellos hacia él, la fe se mantuviera firme, la esperanza incommovible y el amor encendido.

En esto consiste, en efecto, el vigor de los espíritus verdaderamente grandes, esto es lo que realiza la luz de la fe en las almas verdaderamente fieles: creer sin vacilación lo que no ven nuestros ojos, tener fijo el deseo en lo que no puede alcanzar nuestra mirada. ¿Cómo podría nacer esta piedad en nuestros corazones, o cómo podríamos ser justificados por la fe, si nuestra salvación consistiera tan sólo en lo que nos es dado ver?

Así, todas las cosas referentes a nuestro Redentor, que antes eran visible, han pasado a ser ritos sacramentales; y, para que nuestra fe fuese más firme y valiosa, la visión ha sido sustituida por la instrucción, de modo que, en adelante, nuestros corazones, iluminados por la luz celestial, deben apoyarse en esta instrucción.

Esta fe, aumentada por la ascensión del Señor y fortalecida con el don del Espíritu Santo, ya no se amilana por las cadenas, la cárcel, el destierro, el hambre, el fuego, las fieras ni los refinados tormentos de los crueles perseguidores. Hombres y mujeres, niños y frágiles doncellas han luchado, en todo el mundo, por esta fe, hasta derramar su sangre. Esta fe ahuyenta a los demonios, aleja las enfermedades, resucita a los muertos.

Por esto los mismos apóstoles, que, a pesar de los milagros que habían contemplado y de las enseñanzas que habían recibido, se acobardaron ante las atrocidades de la pasión del Señor y se mostraron reacios a admitir el hecho de su resurrección, recibieron un progreso espiritual tan grande de la ascensión del Señor, que todo lo que antes era motivo de temor se les convirtió en motivo de gozo. Es que su espíritu estaba ahora totalmente elevado por la contemplación de la divinidad, sentada a la derecha del Padre; y al no ver el cuerpo del Señor podían comprender con mayor claridad que aquél no había dejado al Padre, al bajar a la tierra, ni había abandonado a sus discípulos, al subir al cielo.

Entonces el Hijo del hombre se mostró, de un modo más excelente y sagrado, como Hijo de Dios, al ser recibido en la gloria de la majestad del Padre, y, al alejarse de nosotros por su humanidad, comenzó a estar presente entre nosotros de un modo nuevo e inefable por su divinidad.

Entonces nuestra fe comenzó a adquirir un mayor y progresivo conocimiento de la igualdad del Hijo con el Padre, y a no necesitar de la presencia palpable de la substancia corpórea de Cristo, según

la cual es inferior al Padre; pues, subsistiendo la naturaleza del cuerpo glorificado por Cristo, la fe de los creyentes es llamada allí donde podrá tocar al Hijo único, igual al Padre, no ya con la mano, sino mediante el conocimiento espiritual.

2. El cielo es tuyo ¿Subes o te quedas? (P. Mariano de Blas)

Al ascender al cielo Jesús no pensaba sólo en su triunfo; quería que todos los hombres subieran con Él a la patria eterna. La Ascensión clava nuestra esperanza de forma inviolada en nuestra propia felicidad eterna. Así como Jesús, tu Hijo, el Hijo de José y María, ha subido con su cuerpo eternizado a la patria de los justos, así el mío y el de mis hermanos, el de todos los fieles que se esfuerzan, subirá para nunca bajar, para quedarse para siempre allí. La Ascensión, además, es un subir, es un superarse de continuo, un no resignarse al muladar. Subir, siempre subir; querer ser otro, distinto, mejor; mejor en lo humano, mejor en lo intelectual y en lo espiritual. Cuando uno se para, se enferma; cuando uno se para definitivamente, ha comenzado a morir. Se impone la lucha diaria, la tenaz conquista de una meta tras otra, hasta alcanzar la última, la añorada cima de ser santo. Esa es mi meta, esa es mi cima. ¿También la tuya?

Al ascender al cielo Jesús no pensaba sólo en su triunfo; quería que todos los hombres subieran con Él a la patria eterna. Había pagado el precio; había escrito el nombre de todos en el cielo, también el tuyo y el mío. El cielo es mío, el cielo es tuyo. ¿Subimos o nos quedamos? ¿Eterno muladar o eterna gloria? Voy a prepararos un lugar. ¿Con qué emoción se lo dijiste! Dios preparando un lugar, tu lugar, en el cielo.

Dios creó al hombre, a ti y a mí, para que, al final, viviéramos eternamente felices en la gloria. Si te salvas, Dios consigue su plan, y tú logras tu sueño. Entonces habrá valido la pena vivir... ¿Con cuánta ilusión Jesús hubiera llevado a la gloria consigo a sus dos compañeros de suplicio! Pero sólo pudo llevarse a uno. Porque el otro no quiso...

Si Cristo pudiese ser infeliz, lloraría eternamente por aquellos que, como a Gestas, no pudo salvar. Jesús lloró sobre Jerusalén, Jesús ha llorado por ti, cuando le has cerrado la puerta de tu alma. Ojalá que esas lágrimas, sumadas a su sangre, logren llevarte al cielo. Si tú le pides con idéntica sinceridad que el buen ladrón: "*Acuérdate de mí, Señor, cuando estés en tu Reino*", de seguro escucharás también: "*Estarás conmigo en el Paraíso*". Y así, el que escribió tu nombre en el cielo podrá, por fin, decir: "*Misión cumplida*". Dios es amor. El cielo lo grita.

Lo ha demostrado mil veces y de mil formas. Te lo ha demostrado a ti; se lo ha demostrado a todos los hombres. Se lo ha probado amándoles sin medida, perdonándoles todo y siempre; regalándoles el cielo, dándoles a su Madre. Si no hemos sabido hacerlo, ya es hora de corresponder al amor. No podemos vivir sin amor. La vida sin Él es un penar continuo, una madeja de infelicidad y amarguras. Amar es la respuesta, es el sentido, amar eternamente al que infinitamente nos ha amado

La ascensión nuestra al cielo será el último peldaño de la escalera; será la etapa final y feliz, sin retorno ni vuelta atrás. Debemos pensar en ella, soñar con ella y poner todos los medios para obtenerla. Todo será muy poco para conquistarla. Después del cielo sólo sigue el cielo. Después del Paraíso ya no hay nada que anhelar o esperar. Todos nuestros anhelos más profundos y entrañables estarán, por fin, definitivamente cumplidos. Entonces, ¿te interesa el cielo? ¿A quién debo una felicidad tan grande? ¿A qué precio me lo ha conseguido? ¿Qué he hecho hasta ahora por el cielo? ¿Qué hago para asegurarlo? Y, en adelante, ¿qué pienso hacer?

Al final de la vida lo único que cuenta es lo que hayamos hecho por Dios y por nuestros hermanos. "Yo sé que toda la vida humana se gasta y se consume bien o mal, y no hay posible ahorro. Los años son ésos y no más, y la eternidad es lo que sigue a esta vida. Gastarnos por Dios y por nuestros hermanos en Dios es lo razonable y seguro".